

Adiós a un gran maestro y a un hombre ejemplar

Óptico y compositor, Don Enrique Santos Mazal fue un ser humano con valores ejemplares y una personalidad honesta y humilde.



DON ENRIQUE SANTOS MAZAL

Desde estas letras, expreso mi adiós a una gran persona, a una fuente inagotable de conocimiento: un óptico que formó e inspiró a muchas generaciones. Una persona que integró magistral y artísticamente la óptica y la música. Pero, sobre todo, un amigo de esos que la vida te privilegia con su presencia. Su calidad como ser humano y sus aportaciones en nuestro sector hicieron de él uno de los pilares de la industria óptica, y ese es un legado que prevalecerá.

Don Enrique Santos llevó una vida en la que la genialidad y el talento resonaron en diferentes ámbitos. El Instituto Cultural de León destacó, en una nota sobre su trayectoria, la labor que realizó como creador de obras solistas, de cámara y sinfónicas, muchas de las cuales han sido interpretadas por excelentes artistas en varios países, como su *Obertura Simón Bolívar*.

En lo personal, tuve el honor de entrevistarlo en su óptica Santos y Fernández Ópticos en el año 2005. Enseñanza, reflexiones y anécdotas en el ámbito de la óptica fueron el común denominador durante nuestra conversación; si algo se puede confirmar es su capacidad intelectual, su tenacidad en el trabajo y la humildad con la que siempre afrontó todos los escenarios de su vida.

“Durante todos los años que mi papá dio clases a varias generaciones de oftalmólogos, nunca quiso cobrar nada. Cuando le entregaron el diploma por 30 años de trayectoria, el apoyo económico que recibió lo donó a la Asociación para Evitar la Ceguera- APEC”, nos cuenta con orgullo su hijo Ricardo Santos.

Don Enrique siempre será un referente. Esa valentía, su destreza para compartir convicciones, como el dar su conocimiento y experiencia sin pedir nada a cambio, permanece en la mente de muchos que convivimos con él.



Digno de una anécdota, recuerdo cómo me describió la idea de escribir el *Cuaderno de Apuntes de Óptica Oftálmica*, que, sin duda, conforme a nuestro conocimiento, fue el primer manuscrito de Óptica Oftálmica escrito en América Latina.

“Surgió cuando me encontraba dando clases y noté que los alumnos se distraían anotando en sus libretas todo lo que decía. Así que puse ‘manos a la obra’ y decidí elaborar los apuntes, para que los estudiantes prestaran mejor atención”, compartió en su momento para las páginas de *Imagen Óptica*.

Pasión por el conocimiento y por dejar una huella

Don Enrique Santos Mazal nació en la Ciudad de México en 1930. Realizó sus estudios hasta nivel secundaria en México, y en Estados Unidos cursó el equivalente a la preparatoria. Comenzó trabajando en la óptica desde muy joven al lado de su padre y su hermano, en las labores básicas, y conforme pasó el tiempo aprendió el oficio de óptico. Durante sus estudios en Estados Unidos le enseñaron algo que le valió por el resto de su vida: aprender de los libros.

La fuente inagotable de conocimientos que son los libros y su dominio del inglés le permitieron un nivel superior de aprendizaje, pues muchos de los libros técnicos de óptica y optometría que se editaban en aquella época estaban escritos en inglés. Complementó su aprendizaje al asistir a la escuela de la Asociación de Ópticos y Optometristas.

Verdadero apasionado de la optometría, siempre basó los resultados de su examen

en una correcta elaboración de la historia clínica del paciente, apoyado en el método objetivo de la retinoscopía, utilizando un retinoscopio de Copeland, que para él resultaba el más preciso.

Esa es la huella que deja entre nosotros con sus hechos, con su trabajo incansable para recordarnos que el conocimiento -y poder compartirlo- es uno de los actos más generosos y que engrandecen al ser humano. Lo pienso y le recuerdo como una combinación entre entrega y trascendencia. Un líder al que valía la pena seguir.

Su huella tiene como recompensa una visión cumplida, porque Don Enrique, quien recibió de su padre el amor por la óptica, deja un importante legado en términos de su pasión por aprender y enseñar. Lo recuerdo siempre buscando convencer sobre el hecho de que prepararse, con esfuerzo y trabajo, era el mejor camino para crecer.

Él evolucionó en la óptica y en la música, otro de sus grandes amores. La inquietud por componer la vivió desde pequeño, ya que su abuelo era compositor y su tío director de coros. Traigo a mi mente que, durante la entrevista realizada por esta revista, Don Enrique me regaló un CD de música para piano y para oboe y piano de su autoría, junto con un ejemplar de su novela *El Caso Marko*.

Así que las páginas sobre este gran hombre seguirán escribiéndose. *Adéu al gran amic* (adiós a un gran amigo), modelo a imitar y ejemplo a seguir para todo óptico de ‘carne y hueso’. Desde aquí, me uno al dolor de su familia.

Descanse en paz, Enrique Santos Mazal.

